

Política y espectáculos

Martes, 16 de mayo de 1939

Nunca se insistirá suficientemente sobre la inferioridad de los regímenes llamados totalitarios, a pesar de sus ruidosos y sorprendentes éxitos, que a menudo hacen dudar incluso a las mentes sincera y profundamente avanzadas.

Sobre el aspecto espectacular de esos regímenes yo desearía, hoy, atraer la atención, sin olvidar un sólo momento la objeción que podrían oponerme por haber elegido muy mal el terreno para un ataque contra tales gobiernos.

Confieso la fuerza considerable de todo lo que rodea los espectáculos, y ello en todos los órdenes. Las cornetas y los tambores siguen siendo armas y las marchas militares unidades combatientes no despreciables. Las ceremonias del culto con la preocupación por los detalles litúrgicos se envuelven del misterio más simple, mientras que parecen acercar a los fieles a lo misterioso. Las cortes de los reyes, al igual que las asambleas parlamentarias, tienen mucho importado de la influencia del antiguo régimen o de las democracias. La solemnidad de las audiencias y del vestuario se ha convertido en una garantía casi esencial del procedimiento y de la justicia. Y la función representativa del jefe del Estado no es en absoluto una prerrogativa sin eficacia.

Aún reconociendo el alcance de los espectáculos, se dirá que es cometer una torpeza llevar el debate allí donde la ventaja de las dictaduras, tan poderosas y tan intencionadas en ese campo, es evidente. Es lo que precisamente discuto de forma franca con una profunda convicción.

Me bastaría quizás colocar entre los acontecimientos y las solemnidades de los regímenes libres y los de las dictaduras el teatro como término de comparación, como punto de referencia. Entonces podríamos observar que el teatro imita los acontecimientos espontáneos y que es imitado por espectáculos dictatoriales. Sacaremos la consecuencia de que éstos sólo son la caricatura de un retrato ya falseado.

Pero el análisis nos mostrará pronto cómo esos regímenes obsesionados por la explotación de los espectáculos, destruyen todos los elementos de la emoción teatral.

Primero el interés, la ansiedad que supone una incertidumbre y aguarda la sorpresa. Antes incluso de la exposición conocemos el desarrollo de un asunto sometido a una única y todopoderosa voluntad.

Después la pasión es borrada, ya no hay fuerzas en lucha, corrientes opuestas, verdadero dinamismo.

A su vez es el diálogo el que muere. No más réplicas, apóstrofes, contradicciones. El monólogo —es decir la escena más inverosímil si es la episódica y menos tolerable si se convierte en sistemática— llenará toda la obra.

Se va, si no a matar a los personajes que no sean los protagonistas, al menos a dejarlos mudos, sin consideración a su jerarquía, incluso si se quiere atormentarlos bajo títulos, grados y condecoraciones. Sólo serán comparsas a pesar de los nombres sonoros de los papeles y de la capacidad formidable de los actores encargados de los personajes.

Después de haber observado el debilitamiento, incluso la desaparición de todas las bases del interés teatral, debemos mantenernos en guardia frente a los éxitos ruidosos de los espectáculos dictatoriales. Sólo son farsas peligrosas. Sin duda se engalana todo: es una de las formas de la requisición obligatoria. Hay una muchedumbre innumerable, pero es la movilización civil al servicio de una conspiración, tan alegre como impuesta. Gritamos con entusiasmo: es el impuesto sometido a las tasas y a veces, a las sobretasas. Pero nadie podrá orientarse fácilmente sobre el estado de ánimo del pueblo. ¿Qué escrutinio sería posible si se exige por adelantado la unanimidad? Sería también difícil apreciar los grados y los matices del entusiasmo desde el momento en que todo el mundo sabe que si aparece algo de singular ello representa el pago de una exageración, consecuencia de un encargo previo. Todo el público se ha vuelto alabardero, un halago cuyos promotores son los jefes, mientras que los alabarderos son más bien explotados que pagados. Desde ese momento todos son engañados y engañadores.

Aún podría quedar una cierta ilusión entre la gente inocente aunque instruida. Pero ningún efecto profundo se producirá sobre los pueblos donde incluso los letrados poseen la debilidad y alcanzan la clarividencia.

En la uniformidad de los espectáculos y sus éxitos, que las dictaduras organizan, están latentes grandes peligros, se quiere organizar como piezas teatrales una solemnidad histórica, y sólo se llega a representar una comedia con algunos rasgos de vodevil, lo que no es muy feliz. Pero el riesgo mortal puede ser que se crea estar interpretando una ópera, quizás cómica, y que se interpreta, sin saberlo y sin quererlo, una tragedia real, espantosa.